

(Cantan.)

«Riñen las gorronas
con los galanes,
y al pasar de las aguas
hacen las paces.»

VILCHES. ¿No le basta á esta bellaca
haber sido pecadora,
sino venirse aquí agora
para ver si me sosaca?
Estoy por ir á rompella
en la cabeza el bordón.

LUENGO. No tiene, hermano, razón.

VILCHES. Tampoco la tiene ella.

LUENGO. Apláquese.

VILCHES. ¡Que me aplaque!
Un puto aplacarse puede;
¡bueno es irme yo, y que quede
ella haciendo chiquichaque!

(Cantan.)

«Riñen las gorronas
con los galanes,
y al pasar de las aguas
hacen las paces.»

ROSALES. ¡Qué bien dicen tono y letra!

JUÁREZ. ¡Y el baile, qué bueno es!

VILCHES. Este airecillo de pies
hasta el bazo me penetra.
Hermano Luengo, oiga un poco,
mire el demonio tacaño:
¿Impide el ser ermitaño
dar una vuelta?

LUENGO. ¿Está loco?
¿Eso ha de decir, hermano?

¿No vé ques vil tentación?

Evitemos la ocasión,
demo al mundo de mano,
resista á los enemigos
que le tienten, y partamos.

VILCHES. Déjeme, ya que nos vamos,
despedir de mis amigos.

LUENGO. En acercándose á hablalles,
le ha de hablar á esa mujer,
y lo tiene de perder.

VILCHES. No haré, que bien sé las calles.

(Cantan.)

«Riñen las gorronas
con los galanes,
y al pasar de las aguas
hacen las paces.»

LUENGO. ¡Jesús, huyamos de aquí!

Ea, hermano, vámonos.

VILCHES. Adiós, amigos, adiós.

JUSTA. ¿Son Luengo y Vilches?

VILCHES. Sí, sí.

LUENGO. Ya nos han visto, y es fuerza
hablalles.

PAULA. ¿No es éste, ingrato
Vilches?

VILCHES. Yo soy.

LUENGO. Con recato,
y guárdese, no le tuerza.

VILCHES. No hará, que no soy camisa,
aunque pienso enjabonalla.

PAULA. Ermitaño fueso, calla,
y vete á tu monte aprisa,
que tú serás salteador
primero que hombre de bien.

VILCHES. Mientes, cara de sartén.

LUENGO. Soltóse el diablo traidor.
Ténganle, señores míos,
questá loco.

VILCHES. Mentís, pú.

PAULA. El que mientes eres tú.

VILCHES. Yos abajaré los bríos.

LUENGO. ¿Qué bríos le ha de abajar?

Vuelva en sí, ques desvergüenza. ¹

23

XIV.—Entremés famoso del Hos-
pital de los Podridos. ²

HABLAN LAS PERSONAS SIGUIENTES:

LEIVA.	MARI-SANTOS.
RECTOR.	DOS PICAROS.
PERO DÍAZ.	GÁLVEZ.
SECRETARIO.	CLARA.
DOCTOR.	VILLAYERDE.
CAÑIZARES.	VALENZUELA.

Salen LEIVA, el RECTOR y el SECRETARIO.

LEIVA.

¡Jesús, Jesús! ¿Qué hospital se ha hecho de
forma!

RECTOR.

Era tanta la pudrición que había en este lu-
gar, que corría gran peligro de engendrarse
una peste que muriera más gente que el año
de las landres; y así han acordado en la repú-
blica, por vía de buen gobierno, de fundar un
hospital para que se curen los heridos desta
enfermedad ó pestilencia, y á mí me han hecho
rector.

SECRETARIO.

Después que hay galera para las mujeres y
hospital para los que se pudren, anda el lugar
más concertado que un reloj.

RECTOR.

No quiera vuesa merced saber más, señor
Leiva; que había hombre que ni comía ni dor-
mía en siete horas haciendo discursos; y cuan-
do veía á uno con una cadena ó vestido nuevo,
decía: «¿Quién te lo dió, hombre? ¿Dónde lo
hubiste? ¿De dónde lo pudiste sacar? Tú no
tienes hacienda más que yo; con tener más que
tú, apenas puedo dar unas cintas á mi mujer.»
Y desvanecidos en esto, se les hace una pon-
zoña y polilla. Mas pongámonos aquí, y vere-
mos salir los enfermos.

¹ Falta el resto; pero se adivina el desenlace, que sería
haciendo todos las paces.

² En la séptima parte de las Comedias de Lope de Vega,
Madrid, 1617.

Entra el DOCTOR tomando el pulso á CAÑIZARES.

DOCTOR.

Señor Cañizares, yo no hallo á vuesa merced
enfermedad.

CAÑIZARES.

¿Cómo no, pues que traigo conmigo un re-
cocimiento y una desesperación y rabia intrín-
seca; y es de suerte que se me hace una pos-
tema recocida en el corazón!

DOCTOR.

Pues ¿de qué le viene á vuesa merced tanta
pesadumbre?

CAÑIZARES.

De ver solamente un hombre; y es de ma-
nera lo que le aborrezco, que el día que le topo
en la calle, me vuelvo á mi casa y me estoy sin
salir della todo aquel día, metido en un rin-
cón, pensando que me ha de suceder una des-
gracia.

DOCTOR.

Por cierto que vuesa merced tiene razón,
que hay hombres que con su vista pronostican
eso, y de balde se dejan querer mal.

CAÑIZARES.

Pues ¿no quiere vuesa merced que me pu-
dra y me haga una ponzoña y cruel polilla, si
este es un hombre que trae por los caniculares
chinelas y la espada á zurdas?

DOCTOR.

Pues ¿qué se le da á vuesa merced que el
otro traiga la espada á zurdas ni por canicula-
res chinelas?

CAÑIZARES.

Pues ¿no se me ha de dar, pesía á mí, si en-
vían á este hombre por gobernador de uno de
los mejores lugares desta tierra?

DOCTOR.

Ya yo entiendo su pudrición de vuesa mer-
ced, y es que pretende vuesa merced el mismo
oficio.

CAÑIZARES.

¿Cómo pretender? Ni por pensamiento me
ha pasado en toda mi vida, sino sólo me pudro
de ver aquellos que han de ser gobernados
por mano deste hombre que en tal siempre
trae chinelas, que mal podrá despachar los ne-
gocios con brevedad; y si es zurdo, no podrá
hacer cosa á derechas.

RECTOR.

Ea, doctor, haced meter allá ese podrido, y
salgan los demás.

DOCTOR.

Venid, hermano, y curaros han.

LEIVA.

¡Hay tal cosa y de lo qué se pudre!

Entran los ministros, que son unos picaros, y salen PERO
DÍAZ y MARISANTOS.

PERO DÍAZ.

Ea, dejadme, Marisantos, que no tengo de

beber, ni comer, ni dormir, ni sosegar un
punto viendo estas cosas.

MARISANTOS.

Pues, Pero Díaz, un hombre como vos y de
vuestro entendimiento, ¿se ha de pudrir de
manera que pierda el comer, ni tomar tanta
pena?

PERO DÍAZ.

Pues ¿no me la ha de dar, si hubo poeta que
tuviese atrevimiento de escribir esta copla:

Jugando estaban, jugando,
y aun al ajedrez, un día
el famoso emperador
y el rey moro de Almería.

MARISANTOS.

Pues ¿qué os va á vos en que el otro escri-
biese eso?

PERO DÍAZ.

Mucho; porque es muy gran testimonio que
levantaron al emperador; porque un príncipe
de tanta majestad y tan colérico no se había
de sentar á jugar á las tablas, juego de tanta
flema, y más con un rey moro de Almería. Yo
tengo, si ese poeta es vivo, de hacerle que se
desdiga; y si fuere muerto, ver en su testamen-
to si dejó alguna cláusula que declare esto.

MARISANTOS.

¡Por cierto, lindo disparate! ¿De eso no po-
deís comer ni dormir? ¡Gracioso cuidado ha-
béis tomado!

RECTOR.

Venid acá, hermano: ¿de qué es vuestra pu-
drición?

PERO DÍAZ.

Con los poetas.

RECTOR.

¿Podrido estáis de poetas? Harto trabajo te-
néis. ¿Y con qué poetas os pudrís?

PERO DÍAZ.

Con estos que hacen villancicos la noche de
Navidad, que dicen mil disparates con mezcla
de herejía. Y mire vuesa merced que dándole
á uno aquella octava de Garcilaso, que dice:

Cerca del Tajo, en soledad amena,
de verdes sauces hay una espesura;

volvió esto:

Cerca de Dios, en soledad amena,
de verdes santos hay una espesura.

Y preguntando quién eran estos santos, dijo
que San Felipe y Santiago, y otros santos que
caen por la primavera.

RECTOR.

¡Por cierto, gracioso disparate!

PERO DÍAZ.

Pues una noche de Navidad entré en una
iglesia deste lugar, y hallé cantando este mo-
tete:

Cuando sale Jesús á sus corredores,
Bercebú no parece y Satán se esconde.

Y preguntando cuyo era, respondió: «Mío», muy satisfecho, como si hubiera hecho una gran cosa. Y otro estaba también cantando esto:

¿Qué hacéis en este portal,
mi Dios, por el hombre ingrato?
¡Zape de un gato, zape de un gato!

RECTOR.

No os maravilléis; porque son esos poetas invernazos como melones.

PERO DÍAZ.

También me pudro con otros poetas que piensan que saben, y no saben; y otros que saben, y no piensan.

RECTOR.

Decláreme eso; ¿qué quiere decir que saben y no piensan?

PERO DÍAZ.

Que hay poetas que saben lo que hacen, y por no pensarlo bien se van despeñando en cas de todos los diablos.

RECTOR.

Este tiene gran necesidad de remedio; y así será bien entregárselo á los malos poetas para que ellos le curen.

PERO DÍAZ.

No, por amor de Dios.

RECTOR.

¡Hola, ministros! Meted allá ese podrido. *(Mételo.)*

LEIVA.

¡Hay tal cosa como la pudrición déste!

RECTOR.

Pues otro viene que no dará menos en qué entender.

Entra VALENZUELA.

VALENZUELA.

¡Hay tal cosa como esta, que sea un hombre tan dichoso que en cuanto mano pone todo lo sucede bien! Hecho estoy un veneno de ponzonia y por mil partes destilando materia.

RECTOR.

¿De qué es la pudrición déste?

SECRETARIO.

Señor, este es un podrido furioso, y dale gran pesadumbre ver á un vecino suyo que todas las cosas le suceden bien.

RECTOR.

Ese es mal caso; y es más envidia que pudrición.

VALENZUELA.

¿Cómo envidia? Los diablos me arrebatan si tal es, señor rector; sino que es este un hombre muy avariento y miserable, que por ser tal, nada le había de suceder bien.

RECTOR.

Tiene razón, que á los tales poca ventura les

había de ayudar. Y si alguno tiene razón de pudrirse, es este hombre; y así se le puede dar tres días en la semana para que se pudra.

VALENZUELA.

¿Cómo tres días? Más me pudriré de no pudrirme.

RECTOR.

Andá con Dios y podríais todo el tiempo que os diere gusto.

VALENZUELA.

Beso las manos á vuesa merced por la merced.

(Váse VALENZUELA y sale GÁLVEZ.)

GÁLVEZ.

¡Que haya mujer de tan mal gusto! Por esta se debió de decir que hay ojos que de legañas se enamoran.

RECTOR.

¿De qué se pudre este hermano?

SECRETARIO.

Este hermano se pudre de que una dama muy hermosa deste lugar está enamorada de un hombre calvo y que mira con un antojo.

RECTOR.

Pues ¿deso os pudrís, hermano? Pues ¿qué os va á vos en que la otra tenga mal gusto?

GÁLVEZ.

Pues ¿no me ha de ir? Que más quisiera verla enamorada de un demonio. ¿Por qué una mujer tan hermosa ha de favorecer á un hombre antojicalvo?

RECTOR.

¡Y con la cólera que lo toma!

GÁLVEZ.

¿No lo he de tomar con cólera? Dígame vuesa merced: ¿qué ha de hacer una mujer cuando despierte y vea que tiene á su lado un hombre calvo (ó calabera, ó calabaza, que tal parece un calvo), ni cómo le puede mirar con buenos ojos, teniéndolos él tan malos?

RECTOR.

Ea, vos estáis podrido. ¡Hola, ministros! Meted allá ese podrido.

GÁLVEZ.

¡Á mí, señor! ¿Por qué? *(Mételo.)*

LEIVA.

¡Los podridos que se van desmoronando! Y si no se pone remedio, en pocos días se multiplicarán tantos que sea menester que haya otro nuevo mundo donde habiten.

RECTOR.

Lea vuesa merced esa relación, señor secretario.

(Saca el SECRETARIO unos papeles, y lee.)

SECRETARIO.

«Asimismo hay aquí alguno que se pudre con los que tienen las narices muy grandes.»

RECTOR.
¡Válgale el diablo! Pues ¿qué le va á él en que el otro las tenga grandes ó pequeñas?

SECRETARIO.

Dice que suele un narigón destes pasar por una calle angosta y que ocupa tanto la calle que es menester ir de medio lado para que pasen los que van por ella; y fuera deste inconveniente, hay otro mayor, que es gastar pañizuelos disformes en tanta manera, que pueden servir de velas de navíos.

RECTOR.

Podrido de humor es éste.

SECRETARIO.

Otro se pudre de que hay algunos que comen con babadores.

RECTOR.

Y no va muy fuera de camino; porque los tales parecen guitarras de ébano con tapas blancas, y se hacen ahembrados. Pero notifíqueles que dentro de tres días estén sanos de su pudrición, y si no que le echarán una melecina de esdrújulos de poeta que le harán echar el ánima (si fuera necesario), preparada con sesos de los dichos poetas.

SECRETARIO.

Pues ¿hay en todo el mundo sesos de poetas para henchir media cáscara de avellana, cuanto y más para preparar una melecina? Por lo menos ha de llevar cuatro onzas de todos matalotajes que concurren en el arte melicinal.

RECTOR.

Pasá adelante.

SECRETARIO.

«Otro se pudre de los médicos que, cuando les van á dar el récipe de la cura, van diciendo: «No lo quiero, no lo quiero», y van poniendo la mano atrás como cucharón.»

RECTOR.

Ese se pudre justamente. ¿De qué sirven los melindres donde hay tan buenas ganas de más, si más les dieran?

SECRETARIO.

«Otro se pudre de que para haber tan pocos discretos, hay tantos sastres y zapateros.»

RECTOR.

Pues ¿qué quería que hubiese?

SECRETARIO.

Albítares y oficiales de jalmas asnátiles.

RECTOR.

Ese podrido se va á satírico. Póngale en la boca del estómago, porque detenga, un emplasto de mozos de sastre, y sahúmele con diez pelos de las cejas de Celestina, pues de aquí veo yo más de cuatro.

SECRETARIO.

«Aquí hay ciertas viejas que se pudren de

que las gallinas de sus vecinas ponen más gordos huevos y crían mejores pollos.»

RECTOR.

Esas son pudriciones baladfes; y esas viejas échanles unos polvos de higos pajizos.

SECRETARIO.

«También hay dos casados que el marido se pudre porque su mujer tiene los ojos azules, y ella se pudre porque el marido tiene la boca grande.»

RECTOR.

Gente debe ser de buen humor; salgan aquí, que los quiero ver.

Salen CLARA y VILLAVERDE.

CLARA.

Acabad, señor; harto mejor fuera que os pudriéades de ver vuestra disforme boca, que no parece sino boca de alnafa, y dejarme á mí con mis ojos azules ó verdes.

RECTOR.

Pues veni acá, hermano, ¿deso os pudrís, porque vuestra mujer tenga los ojos azules?

VILLAVERDE.

Sí, señor, que no se usan agora, sino negros.

RECTOR.

¡Hay tal desatino! Pues si Dios se los ha dado así, ¿qué los ha de hacer?

VILLAVERDE.

Para eso es el habilidad; que se los tiña, que de puro reñir ésto se me ha desgajado tanto la boca.

RECTOR.

¡Gracioso disparate, si yo le he visto en mi vida! Y así es menester que se os den unos botones de fuego con yerros de médicos y boticarios.

VILLAVERDE.

Aún esos son peores que los de los letrados; porque los unos paran en las bolsas y los otros paran en la salud y en la vida.

LEIVA.

Señor Secretario, ¿esta señora es mujer deste hombre?

SECRETARIO.

¿No lo ve vuesa merced?

LEIVA.

¡Jesús, Jesús, Jesús mil veces!

SECRETARIO.

¿De qué se santigua vuesa merced?

LEIVA.

¿No me tengo de santiguar, que una mujer tan hermosa esté casada con un hombre tan feo como es éste, que no parece sino un escarabajo?

SECRETARIO.

Pues ¿deso se pudre vuesa merced?

LEIVA.

Pues ¿no quiere vuesa merced que me pudra y me haga una ponzoña viendo cosa semejante, que merezca esta señora un príncipe por marido y que fuese un ángel en condición y en presencia?

SECRETARIO.

¡Rematado está! ¡Hola, ministros! Meté allá ese podrido.

LEIVA.

¿Á mí por qué razón? (Mítelo.)

RECTOR.

Señor secretario, ¿ha visto vuesa merced que un hombre de tan buen entendimiento haya disparatado desta suerte?

SECRETARIO.

Pues ¿eso le ha de dar á vuesa merced pena?

RECTOR.

Pues ¿no me la ha de dar, pesia á mí, el ver que haya perdido el juicio un hombre que yo tenía en tan buena reputación y por muy cuerdo y prudente?

SECRETARIO.

Pudrido está vuesa merced. ¡Hola, ministros!

RECTOR.

¿Á mí, señor secretario? (Mítelo.)

CLARA.

Señor secretario, mucho me maravillo de que un hombre como vuesa merced no haya tenido mejor término con el señor rector.

SECRETARIO.

Pues ¿deso se pudre vuesa merced?

CLARA.

Pues ¿no me tengo de pudrir viendo la obligación que vuesa merced le tiene, y no guardarle más respeto al señor rector, siendo superior en todo? Y bastaba ver su autoridad para tenersele y no tenerle de la manera que vuesa merced le tiene.

SECRETARIO.

¡Oigan, oigan, y qué pérdida está la hermana, y qué pérdida! Ministros, metan allá esta hermana.

CLARA.

¿Á mí, señor? Mire vuesa merced... (Mítela.)

SECRETARIO.

Señor Villaverde, ¿esta señora es mujer de vuesa merced?

VILLAVERDE.

Sí, es mujer mía. ¿Por qué lo pregunta vuesa merced?

SECRETARIO.

Pregúntolo porque la ve llevar presa vuesa merced, y se está con esa flema.

VILLAVERDE.

Pues ¿no tengo de estar?

SECRETARIO.

¿Cómo estar, pesia á mí? No me diga eso, que arrojaré los papeles y me hará perder la paciencia. Pues un hombre como vuesa merced, tan honrado, ¿no tiene obligación de sentir la desgracia de su mujer?

VILLAVERDE.

Podrido está el amigo; no os escaparéis del hospital. ¡Hola, ministros! (Mítente los ministros.)

(Saca VILLAVERDE una guitarra y canta):

No se pudra nadie de lo que los otros hacen. Pues que toda vuestra vida es como juego de naipes, donde todas son figuras, y el mejor, mejor lo hace. Dejemos á cada uno viva en la ley que gustare, aunque su vida juzguemos á Ginebra semejante. Presuma de que á las musas ya vació los orinales quien puede ser compañero de los que alcaceres pacen. Que es valiente el que enseñado á más robustos manjares, no se halla sin gallina, porque consigo la trae. Y que á poder de arrebol, de solimán y albayalde, la que es demonio en figura quiera parecer un ángel. Que vea del modo que van los que reciben pesares, y les enfada y da pena las ajenas necesidades. No se pudra nadie, no, de lo que los otros hacen. Tomen ejemplo en mí mismo, que, cuando encuentro en la calle acuchillándose dos, echo á mi espada una llave y los miro con antojos. Si el astrólogo arrogante en su repertorio mente, nunca procuro enfadarme. Salga el sol á mediodía; y cuando nuevos me calce los zapatos, llueva luego, que es desgracia bien notable. Y después de haberme hurtado la mitad del paño el sastre, no salga bueno el vestido, viniéndome estrecho ó grande. Parezca bien la comedia, ó digan que es disparate, venga ó no venga la gente, oigan con silencio ó parlen, yo no me pienso pudrir, y que el contento me acabe, aunque abadejo me digan y aunque bacallao me llamen.

Fin del entremés del Hospital de los podridos.

24

XV.—Entremés famoso de la Cárcel de Sevilla.¹HABLAN LAS PERSONAS SIGUIENTES:²GARAY.
SOLAPO.
PAISANO.
ALCAIDE.
COPILLILLA, Picaro.
BARRAGÁN.UN ESCRIBANO.
TORBELLINA.
BELTRANA.
UN PROCURADOR.
DOS MÚSICOS.

(Suena adentro ruido de grillos, cárcel y presos, y dicen sin salir afuera):

GARAY.

Abre aquí, alcaide, que nos comen chinchas.

SOLAPO.

Abra aquí, so alcaide, que nos comen garrapatas.

PAISANO.

Sáquenos á mear, seor alcaide.

(Salen GARAY, SOLAPO y PAISANO con grillos en los pies y guitarras.)

GARAY.

Loado sea Dios, que veo el cielo de Cristo.

SOLAPO.

Loado sea Dios, que veo el nubífero.

PAISANO.

Loado sea Dios, que veo el Sempiterno.

SOLAPO.

Seores míos, ¡todos con guitarras! ¿Qué es esto?

PAISANO.

Ya sabrá voacé que compuse sobre aquella letrilla, que dice: «Cantando reniego...»

GARAY.

¿Que voacé compuso?

PAISANO.

Sí, seor.

GARAY.

Yo también.

PAISANO.

¿Y voacé y todo? Pues escuche voacé la mía.

(Tañen, y canta PAISANO):

PAISANO.

Alta mar esquivá,
de ti doy querella:
siete años anduve
por fuerza en galeras,
ni comí pan tierno,
ni la carne fresca;
siempre anduve en corso,
nunca salté en tierra,

¹ En la séptima parte de las Comedias de Lope de Vega. Madrid, 1617.² Intervienen además CUATRO y ESCARRAMÁN.

sino en una isla llamada Cerdeña; ¡y agora en prisión, que es la mayor pena! La mayor que siento son celos de aquella Beltrana, la brava, que fué la primera que me hinchó este gusto y la fatriquera. Alzóla Goróseo, llevóla á Antequera, y el padre ordinario la entrega y empeña; y alguno que canta, «cantando reniega».

(Dicen todos á una):

TODOS.

¡Bueno, victor, bueno!

GARAY.

Agora va la mía; escuchen voacedes:

Peor es la mía, porque es otra queja: estoy sentenciado á diez de galeras, del fiscal padrastró. Mi Dios me defienda de los soplavivos y la corchetea, de los centenarios, verdugo y la penca; y alguno que canta «cantando reniega».

TODOS.

¡Victor, bueno, victor!

SOLAPO.

Agora, pues, vaya la mía; escuchen voacedes:

Peor es la mía que es otra querella que tienen conmigo presos de la trena. Cuchillos de cachas, taladro y barrena, el ojo avizor todo el hombre tenga; porque si acometen, tengamos defensa y mis camaradas hagan resistencia. Suenen los valientes de la cárcel fuera. Y alguno que canta, «cantando reniega».

(Suena ruido dentro de presos y grillos, á modo de pendencia, y salen afuera, unos por una parte y otros por otra, riendo con almohadas y cuchillos; y saldrá el ALCAIDE, y ellos huirán dentro. Y quedan solos BARRAGÁN, el PAISANO y el ALCAIDE.)

ALCAIDE.

¿Qué ruido es este? Por vida del rey, que he de pasar alguno á la otra cárcel, ó que ha de dormir en el cepo.

BARRAGÁN.

Cuando voacé haga pasar alguno á la otra cárcel, hay aquí hombres que no se les da ésta. *(Da una castañeta.)*

PAISANO.

Cuando voacé haga pasar alguno á la otra cárcel, hay aquí alguno que no se le dará nada; y voto á Cristo que ha de soterrar alguno algún puñal, que no se le saque del cuerpo otro que Dios.

ALCAIDE.

Por vida de quien soy, que si yo puedo, que no ha de haber en mi cárcel horro de ladrones.

PAISANO.

Seor alcaide, que todos hurtamos, todos entendemos de la manifiatura, extender la cerra y meter el dinero en la faltriquera, y decir: «No hay para qué».

ALCAIDE.

¿Qué es esto, Barragán? ¿Ya tomáis vos las mañas del Paisano?

BARRAGÁN.

Á lo menos no dirá voacé, seor alcaide, que no hay en la cárcel hombre más pacífico que yo y el señor Paisano.

ALCAIDE.

Pues sois la principal causa de la pendencia, ¿y decís eso?

PAISANO.

Calle, seor alcaide, que no sabe nada, aunque perdone: ésta no era pendencia, era un juguete y una manera de retozo; déme voacé, que ésta fuera pendencia redomada, que en entendiéndolo los dos cónsules que estamos aquí, no hubiera cirujano en Sevilla que no estuviera en la cárcel ocupado, devanando tripas y remendando asaduras.

ALCAIDE.

¡Vean aquí estos de la braveza, y vienen después á parar como los melones de invierno! Agora bien, yo quiero tener mi cárcel quieta: dénme las manos, iré á tomar las de los otros.

BARRAGÁN.

So alcaide, advierta voacé que yo y el seor Paisano tenemos alguna carga desta pesadumbre; pero aclárome que, en la calle y en la libertad, cada uno volverá por su persona.

ALCAIDE.

Digo que en el navío y cárcel, ni en cuerpo de guardia, no hay hombre cargado; que esto lo he sido por mis pecados; que yo también he sido carga de muladar.

PAISANO.

Calle, seor alcaide, que no sabe nada; tiempla muy á lo viejo. Basta agora la mano de amigos; pero en saliendo del purgatorio desta cárcel al cielo de la calle, todo hombre, avizor; porque ha de haber el punto de almarada, como barbas.

ALCAIDE.

Agora bien, esténse quietos y sosegados. *(Váse.)*

PAISANO.

¿Quién tiene bueyes, para quitar esta pesadumbre?

BARRAGÁN.

En mi rancho los hay. ¡Hola, Coplilla!

Sale COPLILLA, picaro.

COPLILLA.

¿Qué manda voacé?

BARRAGÁN.

Daca el libro real, impreso con licencia de su majestad.

COPLILLA.

Véle aquí.

BARRAGÁN.

¡Qué á mano le tenéis, ladrón! ¿Quién tiene granos que jugar?

PAISANO.

Seis granos tengo, y esos juego.

(Pónense á jugar.)

BARRAGÁN.

Alce voacé por mano.

PAISANO.

Yo la doy.

BARRAGÁN.

Ahí la gano.

PAISANO.

Váyase voacé y deje que barahe, que quiero quitar esos encuentros.

BARRAGÁN.

Alce voacé.

PAISANO.

Sácola.

BARRAGÁN.

Meto el corazón y las barbas, en saliendo suerte, de lo que fuere; ¿y dice eso?

PAISANO.

¡Ah sotas putas! Á la despedida.

Sale GARAY con la ropilla de SOLAPO, que se la ha ganado, y sale SOLAPO con él.

SOLAPO.

Seor Garay, voacé tiene obligación de jugar hasta ganarme las prendas que me quedan; y si no, dígalo el seor Paisano, que es de los tahures de la prima.

PAISANO.

¿Voacé jugó?

GARAY.

Seor, sí.

PAISANO.

¿Ganóse?

GARAY.

Sí, seor.

PAISANO.

Pues dé la sentencia el seor Barragán, que es hombre que á todos los hombres del mundo les puede meter la baraha en la boca.

BARRAGÁN.

Á pagar de mi dinero, está obligado voacé á jugar con él hasta dejarle en carnes, como Adán.

SOLAPO.

Pues vayan las prendas que me quedan.

GARAY.

Si esto me gana, me voy á mi rancho, y me cubro la lantera con una hoja de higuera.

Sale el ALCAIDE y el ESCRIBANO.

ALCAIDE.

Paisano, aquí os vienen á notificar una sentencia; pésame que es de muerte.

ESCRIBANO.

Oid, hermano, lo que os quiero notificar.

PAISANO.

Barahe voacé, y quite esos encuentros.

ESCRIBANO.

¿Oye lo que le digo, hermano?

PAISANO.

Aguarde voacé, que más me va en esto que en esotro.

ESCRIBANO.

¡Y si bien lo supiédeses! Señores, vuestras mercedes sean testigos cómo el juez que entiende de su causa le condena á muerte.

PAISANO.

¿Á quién? ¿Á mí?

ESCRIBANO.

¡No, sino á mí!

PAISANO.

¡Digo la parte!

ESCRIBANO.

Oid, hermano, lo que os vengo á notificar.

PAISANO.

Veamos esta barahunda. ¿Qué buenas pascuas nos viene á notificar?

(Lee el ESCRIBANO la sentencia en voz alta.)

ESCRIBANO.

«Fallo que por la culpa que contra Paisano resulta le debo condenar y condeno á que de la cárcel do está, sea sacado públicamente en un asno de albarda, y un pregonero delante que manifieste su delito; y sea llevado por las calles acostumbradas, y de allí sea llevado á la plaza, donde estará una horca hecha; y della será colgado del pescuezo, donde naturalmente muera. Y nadie sea osado á quitarle sin mi licencia. Y mando, so pena de la vida, etc.»

PAISANO.

¿Quién dió esta sentencia?

ESCRIBANO.

El juez que entiende de vuestra causa.

PAISANO.

Puédelo hacer, que es mi juez. Mas dígame voacé que sea tan honrado que nos veamos en el campo solos, él con su fallo y yo con una espada de siete palmos; veamos quién mata. Estos juecicos en teniendo un hombre embastado como besugo, luego le fallan, como espada de la maesa: «¡Fallo que debo de condenar, y condeno, que sea sacado por las calles acostumbradas en un asno de albarda...» ¡Que todo lo diga! ¡Válgate el diablo, sentencia de pepitoria! ¿No es mejor decir que muera este hombre y ahorrar de tanta guarnición?

ESCRIBANO.

¡Por Dios, que estoy por ponello así, visto tanta desvergüenza!

ALCAIDE.

Váyase vuesa merced, señor escribano, y no haga caso desta gente desalmada.

GARAY.

Señor Paisano, llámele voacé, y dígame que apela.

PAISANO.

Á él digo: ¡ah seor escribano!, venga acá voacé.

ESCRIBANO.

¿Qué queréis, hermano?

PAISANO.

¿Cómo se va voacé después que queda un hombre cargado hasta las entrañas? Ponga ahí voacé que apelo treinta veces.

ESCRIBANO.

Con una basta. ¿Y para quién diremos que apeláis?

PAISANO.

Apelo para Dios; que si yo apelo para esos señores padres de la audiencia, remediadores de los fallos, pienso que no tendré ningún remedio.

ESCRIBANO.

Señor alcaide, oiga vuesa merced una palabra al oído. *(Háblale al oído y váse.)*

PAISANO.

Ea, ¿qué se quiere hablar al oído?

ALCAIDE.

Hermano, esto va muy de rota; el escribano me ha notificado que os suba á la enfermería, y que os ponga el hábito de la Caridad.

PAISANO.

¿Y no se puede hacer otra cosa, seor alcaide?

ALCAIDE.

No, hermano; llamad á vuestro procurador, y decid que apeláis, por si esos señores os oyeren, que yo me holgaré en el alma.

PAISANO.

Pues señor alcaide, voacé me haga merced de que no se me ponga el hábito de la Caridad que sacó el ahorcado del otro día, que estaba viejo y apollado, y no me lo he de poner por ninguna cosa: que ya que haya de salir, quiero salir como hombre honrado, y no hecho un pícaro; que antes me quedaré en la cárcel.

ALCAIDE.

Yo os daré gusto en eso.

PAISANO.

Y voacedes me harán merced de visitarme en la enfermería, y decirme las ledanías que se suelen decir á los presos honrados; y de camino, avisarán á la Beltrana, á ver si tiene remedio esta desgracia. Me recomiendo, reyes míos: no haya llores, lágrimas ni barahundas, que me voy á poner bien con el Sempiterno. *(Váanse el PAISANO y el ALCAIDE.)*

SOLAPO.

Por Dios, seor Barragán, que si el Paisano muere, que no queda hombre que sepa dar un antubión de noche. ¿Digo algo, seor mío?

BARRAGÁN.

Por cierto, seor Solapo, que si Paisano muere, que pierde Barragán el mayor amigo del mundo; porque era grande archivo y cubil de flores para pobretos. Oiga lo que faltará si muere: la corónica de los jayanes, murcios, madrugones, cerdas, calabazas, águilas, aguiluchos, levas, chanzas, descuernos, clareos, guzpátaros, traineles;

y al fin, para desconsuelo, que nos aumenta el dolor, faltará un difinidor al trato airado y al duelo.

GARAY.

No queda hombre honrado en todo el mundo en faltando el Paisano.

Salen TORBELLINA y BELTRANA, mujeres de la casa, con mantos doblados y mandiles blancos, y su PROCURADOR con ellas.

BELTRANA.

Déjame, hermana, con este ladrón de procurador, que yo le arañaré toda la cara.

TORBELLINA.

Tente, hermana, mal haya yo; y vamos á lo que importa.

BELTRANA.

¡Ay, hermana!, que yo me tengo la culpa, que me he dejado engañar deste ladrón de procurador; pues me ha traído engañada, diciendo que había de meter un escrito; y agora le mete, agora le saca; y está el Paisano condenado á muerte. Déjame que le haga rajás entre estas manos.

PROCURADOR.

Tente, mujer de los diablos, que te quebraré la cabeza con estas escribanías.

BELTRANA.

¡Ay, hermana! ¿Qué es ésto? ¡Jesús, que me muero! *(Desmáyase.)*

TORBELLINA.

Téngala, señor procurador; mire que se ha desmayado.

PROCURADOR.

Tente, mujer de los diablos: ¿aún no hasta tener el pleito á cuestras, sino servir de rodrigón?

Sale el PAISANO, vestido de ahorcado, y una cruz en la mano, y el ALCAIDE con él.

ALCAIDE.

Ea, Paisano, llamad á Dios, que os ayude en este trance.

BELTRANA.

¡Ay, sentenciado de mis ojos! ¿Qué es ésto?

ALCAIDE.

¡Hola, hola! *(Mucha grito dentro.)*

(Dentro.) ¡Hola, hola!

ALCAIDE.

¿Quién ha dejado entrar aquí estas mujeres? Echaldas fuera; si no, por vida de quien soy, que las dejo presas.

BELTRANA.

¡Ay, sentenciado de mi ánima y de mi vida! *(Llora.)*

PAISANO.

¿Quién me ha traído aquí estas ayudas de costa de mal morir?

TORBELLINA.

¿Qué es ésto, Paisano de mis ojos? *(Llora.)*

PAISANO.

¿Quién ha traído aquí estos teatinos infernales?

BELTRANA.

¡Ay, que se acaba ya mi regocijo!

TORBELLINA.

¡Ay, que no tendremos quien nos consuele ya en nuestras borrascas y naufragios!

PAISANO.

Oios, bujarras; no me estéis ladrando á las orejas.

ALCAIDE.

Salíos allá fuera noramala.

PAISANO.

Beltrana, no me digas nada. El alma te encargo, pues el cuerpo te ha servido en tantas ocasiones; y una de tus amigas (no lo hagas tú por el escándalo que puede haber), cuando estuviere ahorcado, me limpiará el rostro, porque no quede feo como otros probetos. Y me traerás un cuello almidonado y más de la marca, y abierto, con bolo y puntas y todo negocio; que quiero ver antes que deste mundo vaya quien hace esta denunciación.

BELTRANA.

Aun hasta en la muerte fué limpio mi amor; yo apostaré que no ha habido mejor ahorcado en el mundo.

TORBELLINA.

¡Oh, qué de envidiosos ha de haber!

PAISANO.

Seora Torbellina, voacé será testigo ó testiga, lo que mejor le pareciere, cómo á esta mujer la hago heredera de todos mis bienes, muebles y raíces de mi calabozo. Item, de cuatro ó cinco platos y escudillas, taladro, barro, un candelero de barro, una sartén y un asador. Item, una manta y un jergón, servicio y pulidor.

Quien te lo quitare, hija, la mi maldición le caiga.

TORBELLINA.

Muy bueno ha andado el seor Paisano.

PAISANO.

Beltrana, antes que deste mundo vaya, te quiero dejar acomodada. Solapo es mi amigo, hame pedido que te hable; es hombre que pelea y peleará, y te defenderá. En rindiendo yo el alma, le entregarás tú el cuerpo.

BELTRANA.

Hermano de mi vida, eso hiciera yo muy de buena gana por mandármelo tú; pero tengo dada la palabra á otro.

PAISANO.

Pues, badana, ¡aún no he salido de este mundo, y das la palabra á otro! No te lograrás; ¿tú no ves que éste es desposorio clandestino?

ALCAIDE.

Ea, echad esas mujeres de ahí, vayan noramala. *(Váanse las mujeres.)*

PAISANO.

Señor procurador, ¿qué haremos si este juez me quisiese ahorcar tan de repente, sin oírme mi apelación?

PROCURADOR.

Calle, que no hará. No tenga pena de nada dello, que nunca el derecho quedó sin él; y pluviese á Dios que lo ahorcase, que yo le haría...

PAISANO.

¿Y si me ahorcase?

PROCURADOR.

Pues, señor Paisano, déjese ahorcar, que aquí quedo yo.

PAISANO.

¡Mejor puñalada le den! *(Cantan dentro la ledanía, y responden todos.)*

ALCAIDE.

Eso me parece que es lo que importa: vues-tros amigos son, que os vienen á decir las ledanías.

PAISANO.

En la muerte se echan de ver los que son amigos. *(Salgan todos los que pudiesen, en orden de figurillas, con velas encendidas en las manos, y cantando las ledanías.)* Venme aquí cercado de grajos gallegos.

GARAY.

Hable el seor Barragán, que es más honrado y más antiguo.

BARRAGÁN.

Yo no haré: hable el seor Solapo.

SOLAPO.

Así me vea en aquella calle con libertad, que no diga palabra: hable el seor Cuatro.

CUATRO.

El Cuatro no lo hará: hable el seor Garay.

GARAY.

Garay no lo hará: no hay qué decir.

PAISANO.

No es este tiempo de rumbos ni alborotos. Hable el más cercano opositor á esta cátedra de la muerte, y guárdense sus preeminencias.

SOLAPO.

Por no perder la costumbre antigua que se tiene con los presos honrados, digo así, que en estos luctos echará de ver voacé lo que lo sienten sus camaradas. Plega á Dios lo seamos en el cielo. Y mal haya el diablo, que dos sentencias tengo de muerte; ¿por qué no vino la otra, para acompañar á voacé?

PAISANO.

Oh, ¡qué desgraciado ando! ¡Mal haya el diablo, que nos fuéramos de venta en venta, echando una y otra; que fuera para mí de gran contento ir acompañado de un par de consortes como vuesas mercedes!

SOLAPO.

¿Y el corchete que prendió á voacé? Si yo salgo... No digo nada.

PAISANO.

Ese corchete es oficial ventoso, hizo su oficio; voacé me hará merced de soterralle un puñal en las entrañas, y con esto iré muy contento desta vida.

BARRAGÁN.

So Paisano, consuéllese voacé con que la justicia lo hace; que otro no podía con voacé en el mundo. Y ésta puede dar pesadumbre á voacé y á todo el mundo. Voacé déjelos; qué... no diga nada.

PAISANO.

Ninguno en socolor de amigo piense cargarme en este despedimiento. Quiero saber si es cargo lo que dijo el seor Barragán, en decirme que la justicia me puede dar pesadumbre.

GARAY.

No es carga lo que dijo Barragán; esto á pagar de mi honra.

PAISANO.

Esa vaya en aumento. Y pues que toma á cargo lo de los testigos, me hará merced voacé de cortar al uno las orejas y al otro las narices, y á los demás borrajales las caras con una daga; y con ésto iré contento para la otra vida.

ESCARRAMÁN.

Voacé tenga la muerte como ha tenido la vida, pues ninguno se la hizo que no se la pagase.

PAISANO.

Aun bien que voacé es testigo de lo que yo he peleado en esta vida, y muertes que tengo á cargo, sin mancos ni perniquebrados, que éstos no han tenido número.

ESCARRAMÁN.

Y si al bajar lloraren las personas, no las vuelva el rostro ni sea predicador en el sitio desta desgracia, que es hijo de vecino de Sevilla, y no ha de mostrar punto de cobardía.

PAISANO.

No hay que tratar deso, ni decir: «Madres las que tenéis hijos, mirad cómo los adotriñáis y enseñáis, que todo es borrachería y barahunda».

ESCARRAMÁN.

Y al verdugo que apretó tanto las cuerdas á voacé, que le hizo decir lo que no había hecho, si yo salgo... No digo nada.

PAISANO.

Ese verdugo, ¿me hará voacé merced de vendimialle la vida con otro verdugo?

ESCARRAMÁN.

Eso haré yo de muy buena gana.

CUATRO.

Mucha pesadumbre me ha dado la Beltrana, que en mi presencia se arañó la cara.

PAISANO.

Crea voacé que ha sentido la mujer en el alma esta pesadumbre que me quiere dar la justicia, pues se arañó el retablo.

CUATRO.

Díjome que cuando voacé pasase por Gradadas, volviera el rostro; que más preciaría verle con una sogá á la garganta que con una cadena de oro de cuatro vueltas.

PAISANO.

Créolo yo, que ha sido mujer de gran ser, amiga del esparto; acostábala yo con sogá de esparto, llamándola sus amigas la Espartera, y así tiene metido esparto en las entrañas.

CUATRO.

Y al secretario, si yo salgo... No digo nada. Pero ésto para mí y voacé: este hombre que mató voacé, ¿era hombre de cuenta?

PAISANO.

Era un pobrete, boquirrubio. Pensó que era yo algún lanudo; fuse derribando en seguida; ya sabe voacé qué suelo hacer con la de ganchos: desví y doyle, y allá va el pobrete, que se venía á la boca de león, siendo cordero.

CUATRO.

Seor Paisano, no haga de la cruz daga, que es indecencia.

PAISANO.

No había mirado en tanto.

Sale el ALCAIDE y MÚSICOS, y las mujeres.

ALCAIDE.

Albricias, Paisano, que ya os oyen esos señores.

PAISANO.

¿Ya me oyen? No son cuerdos.

BELTRANA.

Parece que no te has alegrado con la nueva tan buena.

PAISANO.

Hay causa para ello.

BELTRANA.

¿Qué causa puede ser, hígados de perro?

PAISANO.

Has de saber que me huelgo por ti, que quedabas huérfana y sola; y pésame por estos señores, que tenían hecho ya el gasto de cera y lutos. Y no sé con qué gana tengo de andar por la cárcel.

BELTRANA.

Ea, que no faltará otra ocasión.

PAISANO.

Seor alcaide, tome voacé esta cruz, y póngala en el altar para otra ocasión que se me ofrezca. Y voacédes se regocijen y alegren, y gástese todo mi rancho.

(Tañen, cantan y bailan.)

BELTRANA.

Pues que ya está libre mi sentenciado, gástese mi saya y lo que he ganado.

Gástese mi rancho todo, aunque me quede sin rancho, pues mi navío y rodancho á tan buen gusto acomodo. Sacúdase el polvo y lodo, y el Mellado y Garrampiés gocen de aqueste interés por su valor esforzado.

MÚSICOS.

Pues que ya está libre mi sentenciado, etc.

BELTRANA.

Díganla luego á la Helipa las nuevas desta sentencia,

y gástense en mi presencia dos jamones y una pipa; y beba, pues participa deste bien tan soberano.

MÚSICOS.

Pues que ya está libre mi sentenciado, etc.

(Éntranse con chacota y gríta, con que se da fin.)

25

XVI.—Entremés primero: de Melisendra.¹LOS QUE SALEN Á ÉL SON LOS SIGUIENTES:²

ROLDÁN.	MELISENDRA.
DURANDARTE.	DOS MOROS.
OLIVEROS.	UN PORTERO.
EMPERADOR.	UN CORREO.
GALALÓN.	UN MÚSICO.
VALDOVINOS.	

LOA MUY GRACIOSA

Senado muy eminente: aquí saldrá un entremés, que si lo mira la gente de la cabeza á los pies, parece que es de repente. Muy por extenso verán la historia de Melisendra; y aquí saldrá don Roldán, que, con una sola almendra, se comerá un grande pan. Y no sólo he de traeros estos sucesos extraños, que aquí saldrá don Gaiferos, que casi en más de cien años no cultivó sus guargueros. También pienso recitar otras ilustres hazañas; para haberlos de mirar del que tuviere lagañas, por fuerza se ha de limpiar. Y servirá de ensayar dos novios en un molino, porque se quieren casar; mas, pues, se pasó el pepino, no hay sino disimular. Todos juntos nos oirán, y su atención nos darán: y aquesto por loa valga. Quiero entrarme, porque salga á comenzar don Roldán.

JORNADA PRIMERA

Sale ROLDÁN solo.

ROLDÁN.

¡Qué fatigas y embelecós causas, amor, en mi pecho,

¹ En la primera parte de las *Comedias de Lope de Vega*. Valladolid, 1600. Con este encabezado: *Primera parte de Entremeses de las Comedias de Lope de Vega*.

² Interviene además GAIFEROS.

que retumban ya tus ecos de noche en mi triste lecho y de día en estos huecos! Dime, Doñalda, qué hace, que su cara y su pescuezo de suerte me satisface, que no hay tuétano de hueso que tanto mi gusto aplace.

Entra DURANDARTE.

DURANDARTE.

Amor, que con tus engaños y con tus dulces conservas, á valientes no reservas, antes los vuelves tacaños con tus flechas y tus hierbas. ¡Oh, mi Belerma hermosa!, que tu boca y tu nariz, si no fuera asquerosa, no la hay en todo París ni en las Navas de Tolosa.

ROLDÁN.

¡Oh, valiente Durandarte! ¿Qué se hace?

DURANDARTE.

Contemplaba en el amor.

ROLDÁN.

De ese arte yo también me paseaba con ese mismo estandarte. ¿Muéstraseos Belerma ingrata?

DURANDARTE.

No hay dazne¹ ni garrapata como mi amada Belerma. ¿Vuestra Doñalda está tierna?

ROLDÁN.

Más dura está que patata; que le ha dicho Galalón que he mudado pensamiento.

DURANDARTE.

Galalón es cual jumento. No vivirá sin traición.

Entra el PORTERO.

PORTERO.

Á la puerta está Oliveros; quiere hablar con don Roldán.

ROLDÁN.

Dile que entre. Caballeros hoy aquí no faltarán.

Entra OLIVEROS.

OLIVEROS.

¡Oh, valerosos guerreros!

ROLDÁN.

¡Oh, señor de Montalbán!

¹ Sic. Claro es que alude á Dafne.

OLIVEROS.

Hemos trazado torneos
que, de Francia al Algarafe,
ni del Sur hasta Getafe,
no han visto los Pirineos.

ROLDÁN.

Ya me hace tiftafe
el corazón.

OLIVEROS.

Don Gaiferos
no quiere con su presencia
honrar tantos caballeros,
por llorar con llantos fieros
de Melisendra el ausencia.

Entra el PORTERO.

PORTERO.

Galalón está á la puerta.

DURANDARTE.

¿Qué puede aqueste querernos?

PORTERO.

¿Quieres que se la dé abierta?

ROLDÁN.

Ello será cosa cierta
que éste venga á revolvernós.

Entra GALALÓN.

GALALÓN.

Ya estaba muy enfadado
de aguardar vuestra licencia,
y por ver vuestra presencia
no he aguardado al criado.
Vengo harto de reir,
porque dice don Gaiferos
que los nobles caballeros
á cañas no han de salir;
amargóle como hiel
y quíereme como el diablo,
porque he dado en fisgar dél,
señores, mirad que os hablo.

ROLDÁN.

No mire nadie hacia él.

Entra el PORTERO.

PORTERO.

Don Gaiferos, mi señor,
quiere entrar en esta sala.

ROLDÁN.

¡Oh, paje, gesto de azor!
¿Cómo vienes dese humor?
Parte luego como bala
y díle que venga él:
parte luego, moscatel.

Entra DON GAIFEROS.

DON GAIFEROS.

¡Oh, Durandarte! ¡Oh, Oliveros!
¡Oh, don Roldán!

ROLDÁN.

¡Oh, Gaiferos,
el galán! ¿Qué tenéis?

DON GAIFEROS.

Del amor de Melisendra.¹

ROLDÁN.

Decíselo á don Roldán.

DON GAIFEROS.

Pláceme: decirlo quiero.

ROLDÁN.

Pues ¿qué fué?

DON GAIFEROS.

No ha entrado pan
desde ayer en mi garguero,
y las tripas se me van.

ROLDÁN.

¿Y eso es de hambre ó de amor?

DON GAIFEROS.

El amor de Melisendra:
repica en mí un atambor,
que no pasará una almendra
hasta ver su salvo honor.

OLIVEROS.

En los torneos podrá
irseos la melancolía.

DON GAIFEROS.

Melancolía que está
dentro de la tripa mía
con aire reventará.
¡Ay, Melisendra amada!
¡Ay, Melisendra!

ROLDÁN.

Acabad, tened paciencia
y procuraos alegrar.

DURANDARTE.

Acabad ya.

DON GAIFEROS.

¡Ay, Melisendra amada!
¡Ay, Melisendra!

ROLDÁN.

Juguemos, si vos queréis,
y lo podréis olvidar.

DON GAIFEROS.

Señores, no he de jugar.

OLIVEROS.

¿Qué tanto mostrar queréis
lo que sentís el pesar?

DURANDARTE.

¡Oh, melancolía espesa!
¿Cómo estáis de aquesa suerte?

ROLDÁN.

Desa tristeza me pesa.

OLIVEROS.

Mirad que buscáis la muerte.

¹ Este pasaje defectuoso se halla del mismo modo que en el impreso, en el texto manuscrito de la Bib. Nacional. (Res. 7.^a-52), que lleva la fecha de 1622.

ROLDÁN.

Á todos nos ha ofendido.

GALALÓN.

Y agora, aquí cara á cara,
que el que me hubiere afrentado
que en el campo...

OLIVEROS.

Pára, pára.

DURANDARTE.

Andad con Dios, hombre honrado.

DON GAIFEROS.

¡Ah! ¡Quién te desvencijara!

ROLDÁN.

¿Jugaremos?

OLIVEROS.

Bien podéis.

DON GAIFEROS.

Pues juguemos mil ducados
y serán para los dados.

Entra el MÚSICO con guitarra.

MÚSICO.

Pues, caballeros, ¿qué hacéis?

DON GAIFEROS.

Para aliviar mis cuidados
canta de melancolía:
quizá se podrá aliviar
con eso la pena mía.

MÚSICO.

Cantaré si dan barato.

DON GAIFEROS.

Sí, darán; canta folía.

*(Canta el MÚSICO: «Jugando está á las tablas don Gaiferos»;
y estando cantando entra CARLOMAGNO y VALDOVINOS.)*

EMPERADOR.

¿Qué, en efecto, Valdovinos,
qué responde aquese moro,
que por ningunos caminos
la dará?

VALDOVINOS.

Como un toro
responde mil desatinos.
Dice que no la ha de dar,
mas con un moro casalla.

EMPERADOR.

No sé yo con qué toalla
mi honra se ha de limpiar.

VALDOVINOS.

Pues, mi señor, refugalla
con sangre de aquestos perros.
Haz, señor, tocar cencerros
y muévele al mundo guerra;
que se estremezca la sierra
y tiemblen de ti los cerros.

DON GAIFEROS.

No me quebréis la cabeza.

GALALÓN.

Yo, que soy su amigo eterno,
pienso con él recaballo.
Jugad, príncipe, estafermo.

DON GAIFEROS.

Lo propio será rogallo
el demonio del infierno.
O traigan naipes ó dados.
Ve tú por ellos; acaba.

DURANDARTE.

Dejad aquesos cuidados
y juguemos á los dados.

ROLDÁN.

¿Á qué queréis?

DON GAIFEROS.

Á la taba.

ROLDÁN.

Huelgo que toméis placer.

DURANDARTE.

Sí, que todo es menester.
Sólo alegrar os conviene.

ROLDÁN.

Ya el juego de tablas viene.

DURANDARTE.

Pues empiécese á poner.

ROLDÁN.

Muy bien os podéis sentar
y aliviar el corazón.

DON GAIFEROS.

Señores, eso es cansar.
Yo no tengo de jugar
si no se va Galalón.

DURANDARTE.

Idos, señor de Maganza.

GALALÓN.

Si doy enfado me iré,
mas yo me la pelaré.

DURANDARTE.

Andad con Dios.

GALALÓN.

Una lanza,
si puedo, le tiraré.

ROLDÁN.

Sentaos ya, don Gaiferos,
pues que Galalón es ido.

DON GAIFEROS.

Yo estoy falto de dinero:
juguemos este vestido.

OLIVEROS.

No, que no es de caballeros.